

DIENTES DE TIGRE

Comencé a leer cuando me salieron las letras, digo, los dientes. No debería corregirme, ya que eso es lo que ocurrió. Me hallaba sentado en una silla diseñada para angelitos, con alas de plástico pegadas a los brazos, sujetaba en mis manitas un libro de dibujos grotescos, para bebés. Mientras golpeaba las páginas con ritmo anárquico aprecié un afilado dulzor en las encías. Tiré al suelo el libro, como suelen hacer los niños chicos y eché al aire el llanto. El dolor de boca y el de vida habían anunciado su aparición. Mi madre, antes aún de sintonizar su espíritu maternal con los primeros instantes de alarma, ya se encontraba inclinada y presta a devolverme el libro que, lleno de gatitos y gusanos voladores, se me caía de las manos. Como seguí tocándome la boca, sin desentonar los lloros, se asomó para averiguar qué me molestaba. Descubrió unas protuberancias blancas: una pequeña “m”, separada mínimamente de una incipiente “t”, asomaban con timidez en la humedad de las encías. Acallado el llanto con el bálsamo de los mimos y los “no llores cariño, que ya verás lo buen lector que vas a ser”, reí y señalé en el papel una cabeza de tigre blanco con sombrerito moro, sonriente. Algún tiempo después, repasando lo que quedaba del mismo libro, señalé el dibujo y dije convencido de haber descubierto un mundo:

—¡T... té! T...igre —así comenzó la construcción del mundo.

Esos primitivos piquitos, uno a cada lado de la parte superior de la boca, amenazaron con abrirse camino a base de mordiscos en los bizcochos de papel que eran los libros, y devorar, devorar hasta conocer islas, mafiosos, nobles con y sin heraldos, espadas rendidas, laureles y batallas, nombres de escritores y hazañas para la gloria.

Con el tiempo la lectura fue mi abrigo y, aunque no me era posible imaginar en esos momentos, ni después —ya que las bolas de adivino han perdido su cobertura por mor de los teléfonos móviles—, terminaría por salvarme literalmente la vida.

Cuando leía, al calor de los rayos de un ventanal con visillo de gasa en sepia, por el que se filtraban sonidos de hojas cabrioleando al juego planeador de las golondrinas, mi madre, envuelta en su rebeca predilecta, se abanicaba con lecturas llenas de fotos de damas estiradas bien-vestidas, que ella llamaba «del corazón». Entonces supe que el corazón era un músculo más fino, ancho y flexible, que un libro, y servía para refrescarse en días de aire caliente, cuando la siesta se extendía hasta mediada la tarde.

El tiempo avanzó sus páginas (algunas con polvo o grasa, otras reconstruidas de sueño y savia) y mis lecturas se compaginaron con oposiciones a juzgados en sus tres variantes: agente judicial, auxiliar administrativo y oficial de justicia. Otras encrucijadas se las llevaron los capítulos tradicionales de la vida: infancia —con su comunión y sus peleas—, adolescencia —con sus rebeldías y sinsabores—, la carrera y sus noviazgos, el matrimonio y sus desgastes.

Cada disgusto, problema con el banco, hipoteca, suegros, compañeros, pérdida de expediente, tensiones acaloradas, discusión política, etcétera, me tocaban en el hombro unos dientecitos de tigre blanco pidiendo traslado al amparo de las páginas, donde el temor se desvanecía tras una metáfora asombrosa o un misterio enquistado en la alegría del protagonista. Adopté la biblioteca como guarida. En su silencio curaba, y sigo aliviando, las heridas con bálsamos de papel. A base de pomadas me hice resiliente, capaz de afrontar las osadías de la existencia, las decadencias de la edad. Luego, ya casado y sin niños, continué con mi visita semanal a la biblioteca, siguiendo el ritmo que me había propuesto como programa de vida: un libro a la semana —de cien a trescientas páginas devoradas entre mañanas de expedientes y tardes de compras—, con la excepción de las vacaciones, para las que reservaba los dinosaurios. En esa categoría situé los que superaban las ochocientas setenta y cinco hojas: *La montaña mágica*, *Los pilares de la tierra*,...

En la cotidianeidad me veía rodeado de carpetas de colores, expedientes insomnes que sacaban sus lenguas de papel usado para reírse de mí. Sus colores: añiles, rosas, pajizos, verdes, obedecían al año en el que se incoó el procedimiento. El de su final era siempre incoloro. Esos legajos engordaban fecha a fecha y semana a mes como de un cocido madrileño en domingo de siesta. Cuando alguno de los pasados al despacho de madera noble de *Su Señoría*, volvía en forma del conjuro esperado: «Sentencia Firme. Notifíquese y archívese», ese día era festividad para mí y lo celebraba con gesto de triunfo deportivo, elevando el puño cerrado bajo la mesa y recordando la escena que dejé, como un marcapáginas, en espera de ser resuelta, en la novela de turno.

Tomado por todos los lados, mis camisas claras de lino olían a folio encolado, a ácaro revenido y sequedad mal instrumentada, pasaba cada día mamotretos a la firma, amontonados en una silla de ruedas que renqueaba pidiendo jubilación; había días que pasaba hasta dos sillas con la esperanza de no salir muy tarde y hacer mi excursión habitual al edén de los libros: la biblioteca. Curiosamente, a pesar de tener en común con

mi trabajo el papel, el de la biblioteca olía diferente y muy variado en fragancias. Algunas zonas de estante olían a cañón, a guerrera sucia, a polvo de tierra ajena; otros anaqueles daban en la nariz a tempranillo, a hoja fresca de vid. También era posible aspirar a supernova, a placa cerámica revistiendo nave espacial, a libros chamuscados a la temperatura a la que arde el papel, a inquisición y garrote vil; había estanterías de madera tratada con perfume a Camino de Santiago, a espuerta de lona, goma de bicicleta cansada, a primate y cueva pintada con manos negras, mecedora de abuela durmiendo, a Ismael (quería que lo llamásemos así), a coraza de acero, a cartaginés desenvainando frente a un romano, a golpe de estado, risa y amor, candidez de niño de pecho, gota de leche en el vino, a cancionero nocturno, semen, gallina coja, tumba sin nombre, a Macondo, resina, oasis, guión de cine.

Todos los olores se confabulaban con solo prestar un mínimo de atención. Y siguen conspirando para elevarme sobre el mundo irreal que nos rodea.

En el Juzgado, como en esos lugares donde anidan pliegos acumulados e informes con conflicto interior por resolver, cual gusano en bizcocho de manzana, se trasapelaban documentos cada cierto tiempo. No faltaba quien, soportando los nervios y carreras escudriñadoras del técnico al que le había tocado el papel de víctima, se encogía de hombros desesperado y decía:

—Será el duende. Todos los Juzgados tienen uno, como las bibliotecas y los periódicos. Desde que se inventó la imprenta, los espectros se dedican a sus travesuras en estos lugares. No podemos hacer nada por evitarlo, es nuestro sino.

—Tú sí que estás hecho un duende; más bien un fantasma —no faltaba tampoco quien contestara.

—Ríete, pero algunos, cuando les llega la hora, terminan en edificios donde embrollar documentos. No pasa semana sin que andemos todos de cabeza buscando un procedimiento ordinario perdido. ¿Por qué? Por los que mueren antes de tiempo, de accidente u homicidio, y se trasmutan en espíritus administrativos.

Duende o espectro, el caso es que sucedía. Yo imaginé que si algún día caía bajo las fauces de *La Parca*, y me veía en condena inmisericorde, preferiría ser fantasma de la biblioteca, al menos me encontraría como en casa.

Entre pasillos, sentado en un sillón leyendo, vigilado por óleos de ilustres decanos y clérigos ajados, viendo por la ventana las chimeneas navegar por los tejados, sonreía pasando mis ojos por el destino incierto de un personaje huido de su tierra y en lucha por

volver a su Ítaca particular. Lloraba a veces (en sordina) y me escondía de volver a casa demasiado temprano. El duende de la ausencia se había dedicado a desperdiciar almas en la esperanza de un hijo que no llegaba a nuestros anaqueles. Yo evocaba el instante en el que le aparecerían las minúsculas letras (una liliputiense “p”, una “a”, y otras armas de leer, en las encías) augurando bizcochos rellenos de historias que devorar. Ella, Esperanza, retenía la imagen del aleteo de brazos y el amamantamiento ritual para ver si así se cumplían los deseos. Me pasaba a veces por la bebeteca y disfrutaba con ilustraciones de tigres lectores y monstruos absurdos comedores de libros.

La tarde que la lectura me salvó la vida, llamó mi mujer al móvil. Pasé como por un alambre atravesando el pasillo de exposiciones, donde el retrato de un tigre blanco en reposo, obra de un fotógrafo nacional, enseñaba con dulzura unos colmillos menudos. En la calle, me gustaba acariciar los escaparates frente a aquella basílica del saber, donde la realidad se plasmaba en botellas de vino, cecina de ciervo, bogavante, en perlas y oro, damasquinados, espadas y recuerdos de la ciudad para turistas momentáneos. Fijé mis manos en un cristal que protegía tesoros, pero no de papel con título, historias e índice, sino de oro y plata. La noticia era que íbamos a tener un pequeñín. Casi se me cae el libro que había sacado; alcancé a sujetarlo en el último instante entre las rodillas. Las orejas votaron por bailar de gozo. Hacía unos años que la falta de un hijo nos iba llevando a la distancia, al todo dicho y, con ello, al refugio salvavidas donde otros relatos nos aportaban el bálsamo de la vida, como si del de Fierabrás se tratase. A veces los dientes eran de sable y no entendían de “emes” ni de “tes”, ni siquiera de bizcochos de papel para merendar. Al apagar el teléfono me imaginé con él —o ella— de la mano, una personita a la que le enseñaba los secretos de la bebeteca, las aventuras imaginarias de las leyendas, los viajes reales por concebir, le recomendaría lecturas preferidas, le pondría a salvo de Peter Pan dejándolo crecer del garfio de su enemigo. Iríamos a la jungla de Sandokán a animar a Salgari y pedirle que no hiciera tonterías. Navegué para ayudarlo a cazar la ballena blanca, a destruir el anillo del Señor Oscuro. ¿Por qué no llamarle Ismael? ¿Y, si fuera niña? Ana, como la Karenina.

Entre la bruma fueron haciéndose de día las joyas conversando con el cristal. Una gargantilla con un librito colgado me guiñó el ojo. Esperanza podría llevar su nombre grabado en el cuello. Fui a tocar el timbre al encontrar la puerta cerrada, normal en una tienda de tentaciones doradas. Insistí. Dentro, un señor daba la espalda a la calle mientras la dependienta lo atendía con cara seria. Insistí. El hombre giró de improviso, alcanzó la

puerta, abrió y me empujó sin miramientos. Caí y me golpeé la mano izquierda con el bordillo. Un dolor agudo substituyó a la sorpresa del empujón. Con la otra mano seguí sujetando el libro que había tomado prestado para la semana, el instinto de protección me llevó a apoyarlo contra mi pecho, para que no sufriese daños. No recuerdo su título (por primera vez no recordé el título de un libro, el malestar no me dejaba pensar). Alcancé a ver una máscara de cuervo en carnaval con la que distorsionaba su rostro. La dependienta gritó. Una alarma se disparó al cielo de mi cabeza y hacia la biblioteca, espantando los pájaros y los tigres. Un estampido, dos, tres. Me derrumbé empujado por un fantasma. Noté sangre en la mano que protegía el libro. Vi mi figura borrascosa rebuscando entre anaqueles metálicos, revolviendo hojas gastadas en expedientes de colores, lenguas burlonas surgiendo de legajos. Me visualicé dejando deslizar una página bajo la fotocopidora, mudando un acuse de recibo de expediente, cambiando la fecha de una vista. En qué hora habría soñado con ser duende travieso de papeles.

Alguien me ayudó a levantar.

—¿Está usted herido? ¿Necesita algo?

—No —dije mostrando la mano con el libro que ahora olía a pólvora. Ambas dejaban un residuo de tufo a salitre y azufre, como si fueran un solo apéndice salido de una cloaca del infierno. Novela negra, a Esperanza le gustaba la novela negra. Yo me quedé en Montalbán y algo de Silva. Ahora no era sino un bizcocho chamuscado por el medio, en el que había aparecido un orificio despeluchado en virutas. Las hojas estaban calientes, quemaba el libro en la mano. No sería mucho el calibre empleado. La bala aún humeaba en el interior, sin haber llegado a mi carne. La contraportada mostraba un leve bullón donde la punta de la bala había intentado cumplir con su destino de muerte perdida.

El estallido del corazón comenzó a controlarse en mi pecho. La chica de la joyería me miró con un revólver empuñado. A unos pasos un hombre se revolcaba en el suelo. Junto a él, calentando el asfalto, humeaba una Glock.

Gritos y golpes de pies a la carrera. Esperé oír una sirena que no llegó. Un hombre con uniforme tiró de mi brazo y, con esfuerzo, me puse en pie.

—¿Está herido? —volvió a preguntarme ante mi estupor.

—Yo no —dije hipnótico levantando el libro, posándolo con las dos manos en bandeja ante sus ojos—. Dos personajes secundarios están malheridos, pero el protagonista apenas tiene un rasguño.
